

1969

Protesta y liberación

MÓNICA GORDILLO

1969
Protesta y liberación

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Gordillo, Mónica

1969 : protesta y liberación / Mónica Gordillo. - 1a ed - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2024.

176 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades / Años cruciales ; 4)

ISBN 978-987-630-769-7

1. Historia. 2. Historia Argentina. I. Título.

CDD 982.063

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2024

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Provincia de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Serie Años Cruciales

Director: Ernesto Bohoslavsky (IDH-UNGS)

Comité Editorial:

Susana Bandieri (UNCO, CONICET)

Alejandro Cattaruzza (UBA, UNR, CONICET)

Gabriel Di Meglio (UBA, CONICET)

Alejandra Fernández (ICI-UNGS)

Daniel Lvovich (IDH-UNGS, CONICET)

Valeria Manzano (UNSAM, CONICET)

Diseño gráfico de la serie: Daniel Vidable

Diseño de tapa y diagramación: Daniel Vidable

Corrección: María Inés Castaño

Fotografía de tapa: Guillermo Galíndez

Tipografías:

Unna | Jorge De Buen & Omnibus-Type Team

Saira | Gatti & Omnibus-Type Team

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Impreso en Oportunidades S.A.

Ascasubi 3398, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

en el mes de octubre de 2024.

Tirada: 200 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Presentación de la serie	9
Agradecimientos	11
Introducción	13
Capítulo 1	
Crecimiento económico y orden político deslegitimado.....	23
Capítulo 2	
La modernización cultural en los <i>sixties</i> , rebeldía y liberación.....	63
Capítulo 3	
El año de los <i>-azos</i> , ¿o el comienzo del final de la dictadura?	111
Reflexiones finales.....	155
Bibliografía y documentos históricos.....	159
Cronología para entender 1969	165
Filmografía	169
Biografía de la autora.....	173
Historia de una imagen	175

Presentación de la serie

*La gente cree que la historia es algo que sucede a la larga,
pero la verdad es que se trata de algo muy repentino.*

Philip Roth, *Pastoral americana*, 2000

Esta serie está compuesta por libros que se centran en un año decisivo de la historia del actual territorio argentino entre 1776 y 2001. Ofrecen una reconstrucción de lo ocurrido en cada año, pero también de cómo fue recordado por las generaciones posteriores y representado en las películas, los manuales escolares y las canciones. Algunos años son más famosos e inevitables que otros (como 1810, 1930 o 1976), y otros son mucho más una apuesta por convencer a los lectores de que algo importante había ocurrido entonces y no lo habíamos tomado suficientemente en consideración.

¿Por qué la historia de un año? El año es una unidad natural del tiempo, es la vuelta de la Tierra alrededor del Sol. Pero también es una medida muy usada en nuestra cultura: organiza la memoria (“nací en el sesenta y tres / con Kennedy a la cabeza” o el más tanguero “yo soy del treinta / cuando a Yrigoyen lo empalurdaron”) y los relatos que solemos desplegar. Y si bien hay muy buenos libros de historia argentina basados en años como *El 45: crónica de un año decisivo*, de Félix Luna (1969), o *En Buenos Aires 1928*, de Francis Korn y Martín Oliver (2017), en general los historiadores nos sentimos más cómodos con otras unidades temporales que permiten comprender mejor los procesos sociales y económicos, las repeticiones y continuidades, como por ejemplo: “los gobiernos radicales (1916-1930)”, “el ciclo de inestabilidad política (1955-1983)”, la “década infame (1930-1943)”, entre otras fórmulas utilizadas.

No es esta una historia exhaustiva del país como la que ofrecen otras series consagradas, sino de sus años más importantes, aquellos en los cuales se produjeron cambios relevantes y muchas veces irreversibles para la fisonomía política y económica de la vida en esta parte del planeta. Para esta tarea fue convocada una decena y media de notables investigadoras e investigadores de la historia

de nuestro país. Además de ser especialistas en los períodos que interesan en cada tomo, se trata de autoras y autores que trabajan en distintos puntos de la Argentina: confiamos en que esa diversidad geográfica estimulará lecturas más sensibles sobre las diferencias entre los pasados de las regiones y las provincias, y nos dará un retrato más completo, más federal, del pasado argentino.

A grandes trazos, los autores y las autoras de esta serie examinaron cada año bajo dos coordenadas: ya sea como objeto de análisis en sí o como muestra de fenómenos más amplios que se articularon en una coyuntura. Quienes tomaron la primera de las opciones se interrogaron acerca de cuándo y por qué se considera que empezó y terminó un cierto año, y qué es lo que hace que ese sea un año crucial en la historia nacional: ¿cuándo acabó 1983, por ejemplo?, ¿con el juicio a las tres juntas militares en 1985?; ¿cuándo comenzó 1880?, ¿fue acaso con la campaña militar del general Roca el año anterior? Es una especie de historia total e intensa de un tiempo corto. En cambio, el segundo camino analítico señala cómo fue que tendencias de distinta profundidad, naturaleza y ritmo (la economía, la cultura, la demografía, etc.) quedaron anudadas bajo el tiempo corto y nervioso de doce meses de la política. Esta es un tipo de historia corta de procesos largos.

Podría plantearse que la historia de un año conspira contra la percepción ajustada de procesos no regulados por el tiempo burocrático del calendario. No creemos que sea así: esta serie parte de la idea de que esa dicotomía puede ser salvada o esquivada a través de textos que expliquen por qué se seleccionaron algunos años, cuál fue su relevancia y cómo ellos dejan ver procesos de fondo más lentos o más silenciosos. Quienes lean estos libros tendrán, como siempre, la respuesta acerca de si esta apuesta, finalmente, satisfizo sus inquietudes.

Esta serie fue inicialmente diseñada a fines de 2019, en buena medida inspirada en la colección “Años que cambiaron la historia del Paraguay” que publicó el diario *ABC Color* en Asunción. Sin embargo, los efectos de la pandemia retrasaron las tareas de investigación, escritura y trabajo editorial que se habían imaginado. En definitiva, la serie chocó de frente con un año crucial, el 2020, que vino a recordarnos a los humanos no solo la existencia sino la relevancia, a veces agazapada y “algo repentina”, del cambio, o sea, de la historia.

Ernesto Bohoslavsky
Director de la serie “Años Cruciales”

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer el apoyo de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) a esta interesante y necesaria iniciativa de reconstruir más de doscientos años de historia argentina, a través de la observación de nudos paradigmáticos y condensatorios como son los “años cruciales”. Sin duda esta tarea será una gran contribución a nuestra historia pública y logrará reunir la abundante y buena producción de historiadores e historiadoras profesionales en versiones más inteligibles e integradas, sobre la base de ejes y preguntas más o menos comunes que permitan superar la fragmentación excesivamente especializada presente hoy en el abordaje de nuestro pasado, para brindar –a partir de los hitos seleccionados– miradas de larga duración.

En segundo lugar, quiero agradecer a Ernesto Bohoslavsky, director de la serie, por haberme invitado a participar de esta colección. En especial, por permitirme ver que siempre hay cosas nuevas para decir sobre un objeto de estudio sobre el que creía haber ya dicho todo. En efecto, el crecimiento y desarrollo de la disciplina nos habilita permanentemente nuevas miradas y síntesis que hacen posible ampliar la comprensión de lo acontecido e incluirlo en escenarios antes no considerados. Ese camino es el que intenté rehacer durante la escritura de este libro. En este sentido, merece también un reconocimiento muy especial el equipo de investigación que, bajo mi dirección, organizó las jornadas “A 50 años del Cordobazo: repensando el ciclo de protestas obreras, rebeliones populares e insurrecciones urbanas”, realizadas en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (FFyH-UNC) el 23 y 24 de mayo de 2019. La intención de ese encuentro fue retomada como base de sustentación de este libro, al proponernos integrar la movilización

de Córdoba dentro de un escenario nacional y transnacional en el que se registraron acciones y se conformaron distintos actores que se anudarían durante ese paradigmático año 1969. De allí que las y los participantes de aquel evento tengan un papel destacado en la elaboración de esta narrativa, que buscó incorporar sus aportes tal como aparecen consignados. De todos modos, como se podrá observar, el presente libro pretende trascender esas acciones de protesta para mirar el año desde otros lugares y actores; no se trata de un nuevo libro sobre esas protestas, aunque sin duda estas sigan ocupando un lugar muy importante.

Por último, quiero destacar y agradecer el enorme compromiso de Ernesto en la corrección atenta y minuciosa de este escrito, al igual que su convicción implacable para señalar el horizonte y los objetivos de la colección y hacernos retomar el camino cuando nos desviábamos de él, cumpliendo con gran experticia la difícil tarea del editor que tiene clara su meta. De todos modos, los desvíos y cuestiones irresueltas que puedan persistir en el texto son de mi exclusiva responsabilidad.

Introducción

¿Cuándo comienza y termina 1969? ¿Puede un momento paradigmático para una generación y para la historia política, social y cultural argentina recortarse en un año calendario? Creo que no, pero sin embargo existen ciertas interpelaciones condensadas en un breve sintagma, *el 69*, capaz de sintetizar contenidos con similares cadencias, referidos a la rebelión, la disrupción, la expresión de algo nuevo. 1969 como ruptura pero también como culminación de los profundos cambios que se habían operado durante los *sixties* y que encontraron en este año las condiciones para la expresión, en clave latinoamericana y con otros contenidos, de la tormenta contestataria que el año anterior, también en mayo, había sacudido el mundo.

Se hace difícil tomar retrospectivamente el pulso de un año tan cargado de imágenes fuertes, desde los diversos ángulos por donde se lo mire. Sin embargo, algunos hechos se convirtieron en emblemáticos a tal punto que la memoria colectiva los ubica sin dudar dentro de su cronología. Podríamos decir, entonces, que 1969 comienza en mayo, con los *-azos* más conocidos: la movilización estudiantil en Corrientes y en otras provincias, continuada por el Rosariazo y finalmente el Cordobazo. Pero, como se verá, una serie de hechos previos justifican también su comienzo en el año calendario. Asimismo, *el 69* remonta a otros acontecimientos y registros culturales: fue la llegada del hombre a la Luna, el primer festival masivo de rock, Woodstock, que del 15 al 18 de agosto reunió a casi 500.000 jóvenes en un predio rural del Estado de Nueva York. Fue también la presentación pública de uno de los íconos del rock nacional, “Muchacha ojos de papel”, cantado por el grupo Almendra, entre otras muchas canciones que la precedieron. Y no estaría mal si algunos lo asociaran con la figura del Che Guevara, muerto en octubre de 1967 en la selva boliviana, porque se podría sostener que

1969 condensó como un cierre la década previa, iniciada con la Revolución cubana en 1959. Cerró también el paradigma de progreso, modernización e integración dentro del bloque occidental y democrático liderado por Estados Unidos, que había quedado sintetizado en la imagen de la nave Apolo XI posándose en la Luna el 20 de julio de ese año. Pero 1969 fue también apertura a nuevos procesos y protagonistas, a la mística setentista que creció a su amparo no como destino inexorable de lo ocurrido ese año, sino como consecuencia política de las opciones tomadas por los principales actores en el juego que había comenzado a desplegarse.

Ahora bien, ¿cómo incidieron lo local, nacional e internacional en 1969? Las primeras aproximaciones referían a un interior que explotaba; parecían ser conflictos locales derivados del crecimiento específico y desigual operado durante la década previa que adquirirían ahora visibilidad. Observados con más detenimiento se empezó a comprender que no podían ser explicados sin aludir a un ciclo de protesta que tenía bases comunes, que unía esos fragmentos contra un destinatario: el gobierno nacional y sus políticas. Resulta importante precisar el concepto de ciclo de protesta. Se trata de una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerada en las formas de la confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada, y la intensificación de la interacción entre disidentes y autoridades, que puede terminar en la reforma, la represión y, a veces, la revolución (Tarrow, 1997). Considero entonces que ninguna explicación localista alcanza para comprender las distintas protestas, más allá de las especificidades locales, ya que había comenzado a articularse un marco de injusticia generalizada que las excedía. ¿Incidieron en ello otras movilizaciones y conexiones internacionales? Sin duda que, con sus enormes diferencias, las movilizaciones protagonizadas fundamentalmente por jóvenes en otros países europeos y latinoamericanos contribuyeron a reforzar esos marcos de injusticia. Pero también lo sucedido en el país pasó a inscribirse internacionalmente dentro de la serie de movimientos radicalizados y contestatarios que abrigaban la esperanza de cambios profundos; así, lo ocurrido en el país se convirtió también en referencia para otras luchas.

Entonces, ¿cómo abrir y cerrar *el 69*? Sin duda es necesario escoger, y en esa selección trataré de poner de relieve lo que permita entender la

contestación, lo nuevo y disruptivo que caracterizó a ese año en sus diferentes aspectos. 1969 fue muchas cosas a la vez. Sin embargo, hasta hace bastante poco tiempo la historiografía lo centró en un acontecimiento que parecía condensar el punto de vulnerabilidad del modelo de acumulación desarrollista consolidado en el país: el Cordobazo del 29 y 30 de mayo, esa salida violenta a las calles de los trabajadores cordobeses, los “mejor pagos” del país, movidos fundamentalmente por demandas económicas insatisfechas.

Las primeras explicaciones sobre lo acontecido provinieron de la sociología, ya sea en el marco de la teoría de la modernización o desde una matriz marxista. Eran argumentaciones que remitían a causas estructurales basadas en el despliegue de un régimen de acumulación que a partir de 1955 habría creado en Córdoba un polo de desarrollo metal-mecánico, en crisis hacia 1969. Juan Carlos Agulla (1969) explicaba las manifestaciones de violencia desatadas en mayo como signos de un proceso de transformación estructural cuyos conflictos no encontraron un cauce institucionalizado de expresión, por razones coyunturales y por las presiones producidas por el estancamiento del proceso de desarrollo industrial. Córdoba se habría convertido así en el “lugar de la rebeldía” contra una política nacional, por constituirse en “meridiano social” entre el desarrollo de Buenos Aires y el subdesarrollo del interior.

Una posición similar en este punto sostuvo Francisco Delich (1970), al referirse a la situación de “colonialismo interno” de Córdoba frente a Buenos Aires para aludir a la percepción de dependencia de la primera con relación a la segunda, que afectaba sus posibilidades de desarrollo. Con relación a los protagonistas de la protesta, Agulla sostuvo que el liderazgo fue de los “estratos sociales emergentes” del desarrollo industrial de la ciudad, lo que para él explicaría la disciplina y movilización con objetivos a corto plazo (reivindicaciones gremiales) y otros de más largo alcance, que apuntarían a la caída del gobierno y al cambio de estructuras. Sin embargo, él no encontraba en la “masa madura socialmente” una conciencia revolucionaria sino, por el contrario, una confusión ideológica que podría aparecer como “caldo de cultivo” para un copamiento ideológico del movimiento sindical. Para Delich, en cambio, los protagonistas del Cordobazo tenían un proyecto social y político, y las acciones habrían afirmado una conciencia. Pero esas acciones expresaban a su vez el conjunto de contradicciones en que se debatía la sociedad en el seno de un país dependiente, lo que explicaría el

carácter policlasista de las reivindicaciones. De este modo, mayo de 1969 es visto por estos autores tanto como punto de llegada de una serie de luchas previas como de partida de nuevos procesos, lo que habría transformado la crisis latente y potencial en comportamiento de crisis. En estas primeras explicaciones, que influyeron fuertemente en las posteriores, se destacaba cierta particularidad de lo que había ocurrido en Córdoba, que remitía directamente a las preguntas: ¿por qué Córdoba?, ¿qué tenía de específico?

Ahora bien, se podría sostener la existencia de un segundo grupo de explicaciones que relacionaba la excepcionalidad cordobesa con comportamientos espontáneos, es decir, con la falta de previsibilidad y de organización de lo que había ocurrido. Esas explicaciones mostraban la incapacidad –sobre todo de algunos sectores de izquierda que fueron los primeros en exponerlas– para imaginar que los sindicatos, mayoritariamente peronistas, y las agrupaciones estudiantiles pudieran coorganizar una movilización a la que se sumara el pueblo, sin distinciones partidarias o sectoriales, y que ella adoptara un formato insurreccional. Ante esa perplejidad, algunos empezaron a buscar la explicación de lo ocurrido en un tipo particular de sindicalismo en Córdoba, aludiendo a una vanguardia obrera en los sectores de punta, a sindicatos que se habían formado durante los años de proscripción del peronismo con un alto grado de autonomía frente a las burocracias, entre otros argumentos. Se destacaba también la importancia de un fuerte movimiento estudiantil, que había crecido notablemente en Córdoba por el papel estratégico de su universidad y que atraía estudiantes de provincias del interior y de países limítrofes, lo que habría favorecido el acercamiento a las problemáticas latinoamericanas. Pero todo esto, ¿alcanza para explicar lo ocurrido?

Las explicaciones centradas en la especificidad de Córdoba debido a sus condicionantes estructurales servían tanto para pensar en la existencia de trabajadores relativamente calificados que se movilizaban solo por reivindicaciones económicas como en la posibilidad de una vanguardia obrera con un horizonte revolucionario, dado que al encontrarse en empresas de punta con gran cantidad de trabajadoras y trabajadores, líneas de montaje y división fordista del trabajo, podían acelerar las contradicciones de las relaciones capitalistas para suprimir esa forma de explotación. Es decir, subyacía la pregunta acerca de hasta qué punto y de qué forma la condición obrera incidía en su conciencia, por lo que se hacía necesario responder sobre las características específicas de los trabajadores de esos sindicatos

líderes de Córdoba. ¿Eran una aristocracia obrera que sostenía un sindicalismo de negociación al estilo norteamericano o, por el contrario, trabajadores con una posición estratégica dispuestos a encarar la revolución?; ¿era adecuado pensar en otras determinaciones, tales como la proscripción del peronismo desde 1955 o si la alternancia entre gobiernos autoritarios y democráticos había fortalecido al actor sindical, es decir, en la incidencia de las características del régimen político? Asimismo, ¿podía pensarse la revuelta cordobesa sin considerar el contexto nacional e internacional más amplio, en particular el latinoamericano?

Las argumentaciones basadas solo en las demandas económicas o sectoriales ocultaron por mucho tiempo lo que estaba ocurriendo de manera simultánea en distintas regiones del país, con estructuras y situaciones económicas muy diversas, como mostraré en este libro. Es decir, se subestimaba la cuestión política, el papel del Estado y la resistencia que esa sociedad estaba evidenciando frente a la opresión. Visto en perspectiva, lo que se observa, en cambio, es la debilidad de ese gobierno autoritario para procesar las demandas sociales.

En 1994, al cumplirse el 25° aniversario del Cordobazo, Juan Carlos Torre admitió que mayo de 1969 representaba la culminación de un proceso de cambio en la composición del protagonismo social. Destacó, a su vez, que representaba un comienzo caracterizado por el parricidio llevado a cabo por la juventud y por la insurgencia que sobrevino como producto de una “indignación moral”, en el sentido de reacción colectiva frente a una serie de impunidades acumuladas. Sostuvo, entonces, “cuando miramos el Cordobazo vemos cierta combinación de cólera obrera e indignación moral, y estos dos elementos son los soportes de un movimiento político. Este descansa sobre las necesidades –y la cólera obrera expresa esas necesidades– pero también sobre una condena moral” (Torre, 1994: 42). Ese plus de indignación moral, lo que se podría también denominar como la percepción de injusticia, estuvo en la base de las acciones de violencia colectiva a ser explicadas no como resultado de un comportamiento desviado, sino como resultante de la interacción social entre demandantes y un gobierno con oídos sordos para recibir y procesar esas demandas.

¿Por qué incluir un libro sobre 1969 dentro de una colección sobre los años cruciales de la historia sociopolítica y cultural argentina? En primer lugar, porque este año generalizó otras formas de hacer política, las de la acción directa popular, no mediatizadas por instrumentos formales de la

arena política, como el voto o la toma de decisiones a través de representantes y partidos políticos, cuya actividad había sido suspendida. Estas acciones, en su mayoría, no fueron espontáneas sino planeadas por actores de diferentes organizaciones, viejas y nuevas, que –de todos modos– desbordaron las previsiones iniciales de los organizadores. El fuerte contenido disruptivo de la gente en la calle provocó también una enorme incertidumbre e hizo temblar al gobierno, iniciando su descomposición. Como respuesta a ese proceso, las autoridades pusieron en agenda diferentes estrategias para enfrentar lo que entonces se definiría como el peligro subversivo en las fronteras internas del país.

Este segundo aspecto debe ser destacado. El gobierno militar de la Revolución Argentina, que había tomado el poder en 1966 y se mantuvo hasta 1973, comenzó una nueva etapa en 1969. Juan Carlos Onganía no renunció ese año, sino recién en junio de 1970, reemplazado por Marcelo Levingston (1970-1971). Sin embargo, a partir de los -azos la represión se combinó con el otorgamiento de ciertas concesiones, en particular hacia el sector sindical, con el objeto de frenar la protesta. Asimismo, las diferencias dentro del gobierno saldrían nítidamente a la luz y obligaron a las Fuerzas Armadas (FF. AA.) a esgrimir distintas estrategias para adelantar el tránsito hacia lo que ellas mismas habían definido como el “tiempo político”. Esa puerta entreabierta coló otras demandas que permitieron consolidar distintas constelaciones identitarias que se habían ido agrupando durante los tres años previos.

Relacionado con lo anterior, y como un tercer elemento para su consideración, el año 1969 se convirtió en parteaguas de un nuevo protagonismo social que traspasaba las particularidades de clase, género, raza, entre otras, en sintonía con lo que Manzano (2017) llamó “la era de la juventud”. Como se verá, el ser joven se había transformado durante los años sesenta en una categoría que aludía a la acción redentora, al compromiso, a “poner el cuerpo”, a ser artífices de los cambios necesarios y urgentes para construir un orden más justo; significaba también cuestionar los patrones autoritarios y bregar por la libertad individual y social contra cualquier tipo de autoritarismo. Si bien las y los jóvenes habían tenido una importante participación en las movilizaciones de la década, en particular en las estudiantiles como consecuencia de la política implementada en las universidades por parte de Onganía, en 1969 se crearon las oportunidades políticas para mostrar otro contenido que había venido construyéndose desde entonces:

el de liberación nacional con un horizonte revolucionario, más allá de las diferentes vertientes ideológicas y estrategias a las que se adscribiera. En ese marco, en gran parte de los sectores juveniles habría operado fuertemente otra categoría política motorizadora de la acción, la de considerar a la Argentina como parte integrante del Tercer Mundo y cuestionar así la visión corriente acerca de un país predominantemente de clases medias y en vías de desarrollo. Según esta visión, esas explicaciones modernizadoras no permitían ver el país oculto, atrasado y pobre, con una realidad muy diferente a la de los principales centros urbanos. Esa representación llevó a las y los jóvenes argentinos/as que se politizaron a levantarse no solo frente a la sociedad de consumo o ante la preservación de cánones autoritarios en la vida cotidiana, sino que su acción tenía sentido en la medida en que estuviera integrada a la del pueblo, concebido como pueblo trabajador, y generara las condiciones para un cambio que debía ser inminente. De allí que el sentido de hito o parteaguas de 1969 radique tanto en la apertura que hemos señalado como también en la transformación o, al menos, en la declinación de las formas predominantes de relación entre los distintos actores que habían liderado la protesta en la etapa previa. La acción de las organizaciones sindicales, estudiantiles, parroquiales y culturales desarrollada durante los años sesenta condensó una trama particular en 1969 para abrir otros juegos a partir de entonces.

Una cuarta dimensión para destacar asociada a 1969 es la difusión, de manera acelerada, de diversas expresiones culturales de resistencia frente a los distintos tipos de autoritarismos que se sintetizaban en el régimen imperante. Esto se manifestó en la irrupción contestataria de otras y otros jóvenes en la escena pública, al compás de las olas abiertas por las movilizaciones previas, pero con demandas y objetivos más ligados a la liberación individual y cultural. A pesar de la prohibición, la censura y la represión, los procesos de renovación y modernización cultural producidos desde fines de los años cincuenta no habían podido ser detenidos por el régimen autoritario y se mantuvieron en espacios marginales o reducidos; 1969 abrió la puerta para la expansión de un sinnúmero de expresiones artísticas críticas del sistema y para el acceso a consumos culturales y a públicos más amplios. Esto se hizo evidente, por ejemplo, en la masividad que alcanzó el rock nacional, ya que –como bien señala Manzano (idem)– desde los primeros meses de 1970 comenzó una “segunda etapa” en la cultura rockera nacional, que hizo posible expandir el ya iniciado cuestionamiento a los

patrones intergeneracionales de autoridad, las relaciones entre los sexos y el deber ser masculino, que contraponía el pelo largo y la ropa informal y de colores a la usada por el oficinista de clase media. De este modo, el rock y el nuevo cancionero folclórico comprometido políticamente reemplazaron el predominio que unos años antes habían tenido los cantantes de la “nueva ola”, como expresión de cultura juvenil mucho más pasatista y relajada. Esa expansión y masividad evidenciadas en el consumo de discos, la asistencia a recitales, los cambios en los patrones de conducta y de vida de muchas/os de ellos/as permiten sostener la existencia y consolidación de una contracultura, cuyo eje articulador era la noción de “liberación” en sus inflexiones colectivas, políticas e individuales. Pero para conseguir ese objetivo era necesaria la acción, la protesta en las calles o la creación de alternativas viables, lugares, sellos discográficos, revistas, entre otras expresiones, como “zonas liberadas” (ibídem: 234).

En relación con lo planteado hasta aquí, este libro vertebra el desarrollo de procesos que remiten a finales de los años cincuenta pero que se anudan en 1969. Se realiza un recorrido sintético sobre esos procesos para ofrecer a las y los lectores los elementos necesarios para comprender no solo el contexto más amplio en el que se inserta el año escogido, sino también sus especificidades, los nexos con la etapa previa y los quiebres que se producen.

Para comprender el dinamismo de la etapa es necesario seguir los ritmos del primer eje vertebrador planteado en el capítulo uno: el de crecimiento y modernización económica y social que dio lugar a la incorporación de nuevos territorios a la producción y que provocó cambios muy significativos en las relaciones y los procesos de trabajo, así como en las conexiones entre las distintas regiones del país. Esto modificó las características del régimen de acumulación y, con ello, la situación de los mercados de trabajo que mostraron profundas diferencias regionales; imagen sintetizada por algunos/as en la existencia de “dos Argentinas” (Healey, 2003), una próspera, urbana y con fuerte movilidad social ascendente frente a otra oculta y retrasada. De todos modos, en términos macroeconómicos se trató de un período de prosperidad, tensionada sin embargo por los intentos de un gobierno dictatorial de cercenar derechos, tanto sociales como económicos, lo que generó un cóctel muy reactivo que se expresaría en las calles en distintos lugares del país en 1969.

Puede reconocerse como segundo eje vertebrador de todo el período analizado el de la deslegitimación de los diferentes gobiernos, tanto

militares como civiles, que se sucedieron desde el golpe militar de 1955 que derrocó a Perón. Esa ilegitimidad de origen derivada de la proscripción del peronismo sería por primera vez cuestionada abiertamente en las calles en 1969, al grito de “¡Abajo la dictadura!”. En efecto, desde 1966 la ilegitimidad se tornó además en ilegalidad al convertirse el régimen en una dictadura que terminó con la semidemocracia existente, afectando todas las formas de hacer política al interrumpirse los mecanismos representativos. Nuevos actores que denostaban a la democracia por considerarla una mera ficción entraron así en escena y comenzaron una particular articulación entre distintos sectores políticos y sociales. A su vez, lo sucedido en 1969 llevó también a replantear la modalidad a través de la cual las FF. AA. abordarían la seguridad interior. Este eje sirve de andamiaje para contenidos desarrollados en el primer y segundo capítulo.

El tercer eje o proceso, que se recorre en el capítulo tres, es el de la renovación cultural, concentrándome especialmente en las expresiones críticas al orden imperante, más o menos esbozadas desde comienzos de los años sesenta y generalizadas después. Ese proceso fue posible por la enorme ampliación y diferenciación de los públicos y consumos culturales, resultantes a su vez del crecimiento de la matrícula educativa tanto en el nivel secundario como universitario, y de la intensificación de las conexiones internacionales para la difusión artística y editorial.

En síntesis, se parte de señalar brevemente los cambios modernizadores en la estructura económica que fueron dibujando un nuevo país luego de 1955 como soporte estructural para explicar la profundización del protagonismo del interior, que parecía distanciarse del centro histórico de Buenos Aires y acercarse más a América Latina y a los procesos que allí tenían lugar.

Se considera luego el impacto del contexto político más próximo, que actuó como precipitador de las experiencias de 1969 en la Argentina: el golpe del 28 de junio de 1966, autodefinido como “Revolución Argentina” que, paradójicamente, dispondría los ánimos para que se hicieran presentes otros aires revolucionarios muy distintos a los por ella proclamados. Dentro de ese contexto me concentro particularmente en el 68 argentino, en sus peculiaridades y en los sectores que actuaron como estructuras movilizadoras y ayudaron a construir un consenso de finalización del régimen militar. Destaco la acumulación de una conflictividad en ascenso para detenerme luego en los conflictos de 1969 y en lo que ellos abrieron. Ese fuego y esa luz

que cubrieron el cielo del 69 no pueden –como ya se señaló– entenderse sin remitir a anteriores recorridos sobre los que se propone a las y los lectores volver con más o menos intensidad según sus propios intereses.

Un objetivo central es mostrar, a lo largo del libro, la paulatina construcción de distintas demandas basadas en representaciones de injusticia. Generalmente, la sensación de injusticia aparece primero como un sentimiento individual, que puede generar ira, malestar, pero no necesariamente reacción o acción. Lo segundo suele ocurrir cuando ese sentimiento es comunicado a otros y, en esa interacción, se construye colectivamente la idea de que lo que ocurre es socialmente injusto y merece modificarse. Es decir, para que esto ocurra, es necesario trascender las representaciones singulares y buscar articularlas en colectivos que contengan, integren y generen sentidos sobre el orden existente. En 1968, como se verá, se dieron las condiciones para crear una estructura movilizadora que jugó ese papel: la conocida como Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA). De este modo, se intentará mostrar que *el 69* fue mucho más que los *-azos* y, a la vez, que estos no podrían explicarse sin el cúmulo de pequeñas o más visibles resistencias y protestas sociales y culturales acumuladas contra un orden injusto.